

«**Compadecido de él, extendió su mano, le tocó y le dijo...».** (Marcos 1, 40-45)

Solamente quienes han padecido o padecen enfermedades estigmatizadas socialmente, comprenden lo que vivió aquel leproso cuando se acercó a Jesús. De rodillas le suplicó: *“Si quieres, puedes limpiarme”*. Jesús se compadeció, le tocó, le habló... y el leproso quedó limpio.

Quisiera proyectar las tres acciones como centrales en el método del acompañamiento a la persona enferma: La compasión nos habla de la capacidad de empatía, el tocarle nos remite a la necesidad de manifestar cercanía con gestos concretos, la palabra es el medio que nos permite acompañar los procesos de concienciación, expresión de los sentimientos, aceptación, búsqueda compartida de alguna respuesta a tanto sin sentido.

Nuestro empeño cotidiano, al lado de personas inmersas en el mundo del dolor psíquico, nos coloca en esta circunstancia –privilegiada por cierto- de compartir la misión sanadora de Jesús. En la curación del leproso que nos narra el evangelista Mateo, encontramos un modelo de actuación.

Sin duda la compasión es la actitud que desencadena todo el proceso. A fuerza de convivir con tanto dolor a nuestro alrededor podemos ir perdiendo la sensibilidad ante el drama de la persona enferma que acompañamos.

Por un proceso natural de autodefensa, los profesionales de la salud podemos ir endureciendo nuestro corazón, haciéndonos impermeables al embate emocional que implica nuestra tarea cotidiana. Perdemos con ello la condición esencial que cualifica y orienta cada uno de nuestros actos terapéuticos.

Sin compasión, cualquier labor asistencial termina reducida a mecanicismos despersonalizantes. La compasión es el motor que nos lleva a ser cercanos con quien sufre y a manifestarle esa cercanía con gestos y palabras.

Nuestro Fundador en una de sus cartas recomendaba *“cuidar con verdadero amor de Madre compasiva”* (Carta 47) a las enfermas. La misma idea que transmitía María Josefa Recio al recomendar que seamos para los/as enfermos/as como sus madres.

Nuestro Marco de Identidad afirma al respecto: *“El descubrimiento de su existencia (de la persona enferma) nos conmueve y el encuentro con ellas educa nuestra mirada, nos introduce en la com-pasión y nos promueve a la solidaridad. Su causa es nuestra causa en un mundo que todavía estigmatiza este padecimiento de alta vulnerabilidad y con múltiple exclusión.”* (MII, 32)



Danilo Luis Farneda Calgaro PASTORAL

ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIA